

Necia Injuria alimentas;
Simplona, ya que pecastes,
Pecáras enhoramala
Con quien te matara el hambre.
Has malgastado tus gustos,
Cuando floreciente y ágil
Pudistes vender bien caras
Tus vivezas agradables.
Dicen que tú buenos versos
Y que mejor prosa haces,
Y sé yo que tales gracias
No las profesas en balde.
Cuando el aliento de Apolo
Era entre desdichas graves,
Ya patrimonio de hospicios,
Ya vínculo de hospitales;
Cuando sus tristes alumnos,
Desparramados tunantes,
Daban que hacer á los legos,
Que desprecian á los pajes,
Pues de pajes y donados
El lindo y el toscó enjambre
Era en esta nacion sabia
Más que Maron respetable;
Tú, de tan lindo mocico
Galanteada al desgaire,
Así como quien te dice:
Muchacha deja adorarte;
Tú, que en dosel prepotente
Con majestad formidable
Más allá de los poetas
Humos de Dios alcanzas;
Tú, que puedes libremente
Maldecir, sin que te arañen,
Su barbarie á los Menoquios,
Su fealdad á los Iriartes.
Debiendo tantas venturas
A aquel manecito afable,
Que sabe tus picardias
Y tolerante las sabe;
Humillate, bribonaza,
No sea que al fin se cansen
Sus afectos, ofendidos
De sufrirte y esperarte.
En qué consiste que cuando
Ves que logra maridarse
La poesia con la pompa
De los doseles brillantes,
Tú loca, tú caprichosa,
Por tus anteojos mudables,
Hagas que á la sopa vuelvan
Los talentos inmortales?
Pues cierto que en linda patria
Vives para conlarte;
Quedas desfavorecida,
Y verás lo que te vale.
En ella sólo á los legos
Es dado ser venerables.
Maron fué divino en Roma,
Acá fué un pobre Cervantes.
Si esto, pues, ruin mujerzuela,
Por propia experiencia sabes,
Y á cuánto sudor debiste
Ser musa no mendicante,
Híncate, pues, de finojos,
Baja la frente, y exhale
Tu pecho roncos gemidos,
Dándote en él golpes grandes
Y di: Buen Liliis, me pesan,
Pésame mis disparates,
Más que á un garnacha mil hijos,
Que á un logrero año abundante.
Espero, joven benigno,
Que me absuelvan tus bondades,
Para lo cual ser prometo.
Musa honrada en adelante.—
De veras?—Así lo afirmo.
—Ea, hermanita, levante:
Ego te absolvo: en la mano
Dame un beso, y vade in pace.

VII.
EL TEMPLO DE TÉMIS.

Del sacro templo de Témis
Al angusto santuario
Penetré yo, deseoso
De adorar su simulacro.
Pensé yo que ante sus aras
El universo postrado
Por su utilidad, al ménen
Votos dirigiese santos,
Y que, lleno de devotos
El edificio sagrado,
Sitio no le permitiesen
A mi sencillo holocausto.
A tan benéfico culto
¿Quién será tan insensato,
Que niegue ruegos y ofrendas,
Consigo mismo inhumano?
La paz, la abundancia alegre,
Al imperio de su labio,
La copia de sus delicias
Derraman á abierta mano.
La inocencia á sus hogares
Vuelve con seguro paso
Desde el solitario monte
Con su sudor cultivado.
Goza el labrador dichoso
La riqueza de sus campos
Lleña en los rubios haces
O en los fructíferos ramos.
Desde el apartado Oriente
Cruza hasta el mar gaditano
La opulencia en leño débil,
Sólo arriesgada al naufragio;
No ya son facinerosas
Las tinieblas, al descanso
Fía su vida y sus bienes
Sin recelo el ciudadano.
De amor los puros placeres
Gusta el hombre en nudo casto,
Sin que la ajena violencia
Disuelva ó corrompa el lazo.
Preside el gozo en la vida
Por su ministerio grato.....
Quien la justicia no adora,
O es estólido ó tirano.
Entré, pues, en el recinto
De su basílica, y hallo
¡Qué dolor! casi vacío
De adoradores su espacio.
De humilde y sencilla gente
Sólo número no escaso
Desapacibles plegarias
Mezclaba con triste llanto.
Imploraban el auxilio
De la deidad, agobiados
Del interes en el foro,
Del capricho en el palacio.
Atónito yo á la vista
De abandono tan extraño,
Quise hablar á un sacerdote
Que me descifrase el caso.
De gravedad venerable,
Entonces trémulo anciano
Se acercó á mí, y «Yo (me dijo)
Puedo darte el desengaño.
»La duda que te fatiga
Leyendo estoy en tu pasmo:
La austeridad de este culto
No es acepta al mundo ingrato.
»Si buscas adoradores,
Culto donde con el fausto
Se hermane el abatimiento
De envilecidos esclavos,
»Corre al sacrilego templo
Del Interes: congregados
Ídólatras infinitos
Verás allí con espanto.
»Allí verás asistida
La ara del númen bastardo
De ministros desertores,

A este templo destinados.
»Con las insignias de Témis
Gomas quemán (¡oh profanos!)
Al ídolo que la infamia
Les restituye por pago.
»El vulgo ilustre, el que ostenta
Por toda virtud el rancio
Cognombre de un héroe muerto,
Vil ocio, y un mayorazgo;
»Allí en multitud confusa
Vierte sus ofrendas, cuando
De sus vicios opresores
Titubea al peso infausto.
»Soy Solon, y aquí resido
Desde mis floridos años,
Después que á la leve Aténas
Quise hacer feliz en vano.
»La santidad de mis leyes
Cedió al impio desacato
De la ambicion ingeniosa
Que tiranizó el Estado.
»Licurgo, Catón, Alfonso,
De igual pesar fatigados,
De sus benéficos genios
Gimen el sutil trabajo.
»Estos aquí me acompañan
Con corto gremio de sabios,
Que, áun benigno con los hombres,
Destinó el cielo á mandarlos.
»Supremo ministro ahora
Témis consiguió, que el Darro
Vió ya en su margen florida
Dar de su pureza ensayos.
»Del olivífero Bétis
Luégo al suelo trasladado,
Su talento incorruptible
Lució en asiento más alto.
»Y hoy España renovada
Espera por su conato
Las épocas venturosas
De sus ilustres Fernandos.
»Oráculo desta diosa,
Y al trono augustó cercano,
Se esparcirá al reino todo
La dicha desde sus labios.
»La Providencia así cuida
De sus hechuras, criando
Genios justos que restauren
De la maldad los estragos.»
Esto me anunció el buen viejo,
Y yo mudo y admirado
Me arrodillé, y á la diosa
Gracias di por el presagio.

VIII.

ROMANCE AMOROSO.

Bella Lucinda, en tu rostro
Colocó amor su delicia
Para que yo aventuroso
Me aventurase á seguirla.
No en vano naturaleza
Se esfuerza en sus maravillas,
Puesto que dió la belleza
Para que fuese adquirida.
Confieso que no soy digno
De pretender las caricias
Que á tu hermosura son propias
Y á mi voluntad debidas;
Mas ¿qué he de hacer, si el deseo
Se enciende y me precipita,
Cuando contemplo las gracias
Que te acompañan unidas?
Ni memoria enajenada
Allá en su centro te pinta,
Y al punto mi voluntad
Sigue la imagen divina.
Y todo mi entendimiento
Tanto en la imagen se fija,
Que borrarla es imposible,
Y mucho más despedirla.

ROMANCES.

Allégase el apetito,
Que con su fuerza me inclina
A la posesion del bien
Con que el deseo la anima.
Así sigo mi destino,
Como en las verdes orillas
Su oriental camino siguen
Las corrientes cristalinas.
Acuérdome que una noche,
Cuando con su paz tranquila
A los cansados mortales
El blando sueño convida,
Yo amoroso señalaba
Dulces fines á mi dicha,
Dando aliento á mi esperanza
Con presunciones sencillas;
Cuando, ahuyentando las sombras,
Cual si renaciérase el día,
Atiendo un gallardo jóven
De majestad peregrina,
El cabello suelto en hebras
Que al oro desacreditan,
La espalda majestuosa
Gallardamente encubria;
La frente, de un lauro verde
En torno mostró ceñida,
Premio de alguna victoria,
O de su poder insignia;
Mas el pié en grave coturno
Engastado aparecía,
Regio ornamento en las plantas
De quien altas nubes pisa.
Una cítara, risueño,
Entre la siniestra asida,
Cuerdas de cro en marfil terso
Al dulce plectro ofrecía.
Acompañaban al jóven
Dancellas tan peregrinas,
Cual nunca la bella Venus
Tuvo en su servicio ninfas.
Eran sus rostros asiento
Del sol que entre nubes brilla,
Depositando en sus labios
Las gracias su dulce risa.
Confuso yo del portento,
El susto mismo me priva
Las voces, cuando el manecito
Dando al instrumento vida,
Soltó la voz prodigiosa
En concertada armonía,
Y poniendo en mí los ojos,
Así previno mis dichas:
«Tu amor tendrá fin dichoso,
Jóven, si nunca retiras
La voluntad amorosa
Del centro adonde camina.
»La deidad del Manzanares,
De arenas mil guarnecida,
En sus urnas transparentes
Hará tu victoria digna.
»Verás tu fe al fin premiada,
Pagada, correspondida,
Tu amor libre de celos,
Tu voluntad de fatigas.
»Tu posesion será dulce,
Dos veces de mí aplaudida,
Porque tal belleza adoras,
Porque ella tu amor estima.
»Entre sabrosas prisiones,
Que eslabonan tus caricias,
Lograrás (favor de Venus)
La posesion que suspiras.
Y la hermosura que tus gustos guía
Verásla entre tus brazos oprimida.
»Quiétud será sosegada
La que ahora guerra publicas,
Sin que el diligente tiempo
Ejecute su malicia.
»Porque yo, que de sus pasos
Gobierno la eterna prisa,
Dirigiendo las esferas
Que mi carroza ilumina,

»Moderaré la violencia,
Para que nunca, marchita,
Sea retrato de las sombras
La que es la luz de tu vista.
»Me receló tu constancia,
Y lo merecen las líneas
Que en aquel gracioso rostro
Me dan á mí mismo envidia.
»Sólo será este bien tuyo;
Si no prosigues, peligra;
Signe en amar, tierno jóven,
Pues Febo te pronostica
Que la hermosura que tus gustos guía
Verásla entre tus brazos oprimida.»
»Apénas dió fin al canto,
Cuando de impróvisó gira
Los vientos, cercado en torno
De su bella compañía.
Un rastro dejó oloroso,
Que aroma oriental respira,
Do las plantas de diamante
Paso hicieron en la huida.
Quedé yo cual sule el triste
A quien el sueño imagina
Bienes, que convierte en males
La verdad que los disipa.
Mas, satisfecho en las voces
De la que el carro me indica,
Humildes gracias, postrado,
Doy á la deidad benigna,
Y dije: «¡Oh! quiera mi suerte,
Santo amor, bella Lucinda,
Que á uno y otro gracias deba
La humilde voluntad mia.
»Besaré entónces la tierra,
Y tomaré de ella misma
Flores que cerquen mi frente,
En señal de mi alegría.
»Será eterna mi constancia
Contra la desgracia esquivá,
Si ya las vueltas del cielo
La razon no me aniquilan.
»Será, Lucinda, en tus gustos
Mi esperanza agradecida
Esclava de tu belleza,
Sierva de tu gallardía.
»Y del gozo enajenado,
Con silenciosa fatiga
Esperaré mis contentos
Hasta que amor me permita
Que la hermosura que mis gustos guía
La vea entre mis brazos oprimida.»

IX.

ROMANCE BURLESCO.

Da cuenta de su casamiento á un primer ministro (1).
Aquel fiscal implacable,
De cuya invicta dureza
Memorias inextinguibles
Leerá la edad venidera;
Aquel que ardró mil veces
Con oposicion tremenda
Del sacro monte de Apolo
A motinadas catervas;
Aquel á cuyo apellido,
Cuando en España resuena,
Hasta el andaluz más hosco
Arruga el pescuezo y tiembla;
«Si, señor (¿quién lo diría?),
Aquel Forner, de quien cuenta
La fama espantablemente
Tan arriesgadas proezas,
Hoy, fiscal engerto en novio,
A vos muy humilde llega;

(1) El Principe de la Paz. En este romance quiso FORNER imitar el donairoso desenfado de Quevedo. Lo escribió mucho tiempo después de su casamiento.

Que el ser novio ya le basta
Para que tan manso sea.
Un picaro de un chiquillo,
Llamado Amor por más señas,
Que diz que tomó á su cargo
Poblar de gentes la tierra,
Viéndome hecho don Quijote
De literarias empresas,
Caballero solitario
Sin mi linda Dulcinea;
De mi altivez ofendido,
Me agarró de la melena
Y me hizo entrar en su cárcel,
Que quieras ó que no quieras.
»Valgame Dios, que prodigios
Me sucedieron en ella!
Yo repigné sus prisiones,
Y yo me até las cadenas.
Antes de entrar me burlaba
Del chiquillo y su violencia;
Dejéme llevar con risa,
Como quien con niños juega.
Y dentro ya, estimulado
De no sé qué oculta fuerza,
Me vestí de deseos
De los piés á la cabeza.
El cuerpo se me espeluzna,
El apetito se encrespa,
Y los bultos y las sombras
Se me figuran doncellas.
En cada potro una cama
Me presentaba la idea,
Y el lecho de los tormentos
Era para mí de fiestas.
En esto, cuando bañado
De suavidades internas,
En infusion de marido
Me tuvo amor horas luengas,
Viéndome tierno y manido,
Con los deseos en pena,
Hace repentinamente
Que yo á cierta niña vea.
Aquí fué Troya, señor:
Al mirar su gentileza,
Entre babas y suspiros
Hecho me quedé un babcia.
»Frunciendo el carmin del labio
Con sencillez halagüeña,
Mi sed irrita á la copa
En la suavidad que muestra.
Amor, revolando en torno,
Inspira á la picaruela
Guñaduras que me abrasan,
Sonrisas que me derringan.
»Derríbome, finalmente,
Antes de luchar. ¿Qué hiciera
Si brazo á brazo intentara
Probar conmigo sus fuerzas?
Avergonzado, corrido
De ver que una mocesuela
Con dos ojos danzarines
A todo un fiscal sujeta,
Voyme á casa, y envainando
Mi cuerpo en la ropa negra,
Que al amor y á los malvados
Es igualmente funesta;
Empuñando fieramente
Un tomo de las *Pandectas*,
Y dando con la otra mano
Cien cachetes á una mesa,
Exclamo: «¡Yo enamorado!
Yo reducido á tal mengua,
Cuando soy coco de tontos
Y espantajo de badeas!
»Yo, que en estudios severos
Me formé un alma de piedra,
La ciencia de no ser manso
No he de deber á las ciencias?
»Yo, que tengo seis mil leyes
Embutidas en la testa,
A la ley de una muchacha
He de rendir mi obediencia?

» Yo marido? ¡yo chiquillos
Que con balbuciente lengua
Me llamen papá en mis barbas
Y luego en casa me envuelvan?
» Yo levantarme á deshora
Porque madama se queja,
Y para curarla el fiato
He de quemar mi paciencia?
» — ¡Ay Juanito! yo me muero;
Haz que llamen la partera.
— Hija, no tengas cuidado,
Que eso será flatulencia.
» — No, hijo, que la criatura
Quiero ya salir de véras,
Y me da en el vientre coeces,
Que me oprimen y revientan.
» — Si hace sólo cuatro meses
Que nos casamos, tontuela,
¿Cómo quieres que sea parto
Ese dolor que te aqueja?
» Vaya procura dormirte....
Madama no se sosiega,
Y con mimos y melindres
Me afana á modo de bestia.
» Aturdo á gritos la casa,
La familia me detesta....
Y á la mañana siguiente
Ya está madama muy buena.
» Y mientras yo desempeño
Las obligaciones serias
Que en servicio de la patria
El grande Carlos me entrega,
» Madama corre festiva
Á visitar una tienda,
Donde el sueldo de dos años
En dos momentos empeña.
» Así la opinion padece,
Y esclava así de la necia
Profusion, gime oprimida
La alma justicia en la tierra.
» Eso no : con manos puras
Ministrará mi inocencia
La santidad de su culto,
Aunque me arañen mil hembras;
» Que quien por ellas, malvado,
Pone la justicia en venta,
Y porque brille una tonta,
Á Dios y á su Rey desprecia;
» Malhechor forrado en necio,
Merece por su simpleza
Que le emplumen la gollilla,
Porque la puso á alcahueta.
» Ahora bien; si las cosquillas
Con que el amor me retienta
Me han de borrar en el alma
Las generosas ideas;
» Y si, rufian de mi esposa,
Porque con lujo aparezca,
He de exponerme á la infamia
De que ella mi oficio venda;
» Váyase muy noramala
El chiquillo de las flechas,
Y respete en mí la toga
Que todo un reino respeta.
» Respétela, que esta insignia,
Reflejo de la grandeza
Del siempre angusto monarca
Que en ambos mundos impera,
» Cuando emula sus virtudes
Es cuando su honor sustentas;
Y solo es prenda de Carlos
Cuando su candor conserva.»
Así hablaba yo á mi mismo
Por desennoviar á secas,
Temeroso en las rapifias
De una mujer indiscreta;
Pero amor, que es un diablillo
De tan maldita ralea,
Que cuanto más le sacuden,
Tanto más urge y se pega,
Viene, y toma, y muy mansito
Pone su boca en mi oreja,

Y como á toro en el Coso
Me lidia con esta arenga:
» Oigame, señor Licurgo;
Pues con tanta pompa ostenta
Su celo por la justicia,
Su rectitud y entereza;
» ¡Con qué alma, diga, hermano,
Digame, con qué conciencia,
De una muchacha inocente
Desacredita las prendas?
» ¡Qué ha visto en la hermosa Cár-
Que desconfiarle pueda? [men,
Si porque es mujer, es mala,
Malo es el hombre para ellas.
» A la opresion de su mando
Cuando se sienten sujetas,
Murmuran del hombre, y luego
Sin él no duermen contentas.
» La vida es todo trabajos,
Todo pesadumbre inmensa;
Menos pesado es el fardo
Cuando dos le sobrellevan.
» Una muchacha graciosa,
Que cuenta entre sus finezas
Derramarlas todas, todas,
En el esposo que acepta,
» Créame que es gran bocado;
La misma naturaleza
Le aderezó en la oficina
De su creación primera;
» Y le dejó tan sabroso,
Y de dulzura tan llena,
Que nunca de él se vió harto
Ningun viviente en su mesa.
» A la mujer halla mala
Quien á la mala se acerca;
Saber elegir lo bueno,
Sobre gusto, es conveniencia.
» El temor que le acobarda
En el lujo que recela,
Peligro donde la frente
De tanto bruto tropieza;
» Negándole á un justo nudo,
Le entregará á las torpezas
De meretrices infames
Que con su toga merezcan.
» La sacrosanta balanza
Que el pueblo humilde venera,
Porque librada en su peso,
Goza su vida y hacienda,
» Pendiente en las sucias manos
De abominables ramerás,
Pesará siempre hácia el lado
Que más por el peso ofrezca.
» Presa de arpias coeces
Será la angusta excelencia
De la virtud con que el suelo
Más al cielo se semeja.
» Vuelva en sí de sus temores,
Y pues es letrado, advierta
Que no se ajusta al derecho
Quien no se liga á derechas.
» En dos varas de hermosura,
Un alma, su amada encierra,
Que puede apostar á juicio
Con la más fina Lucrecia.
» La pobreza no la espanta,
Si acrisola la pobreza
La gloria de las virtudes
Que el pecho justo alimentan.
» Gozando en ellas placeres
Que la humanidad desea,
Le apartarán de buscarlos
En compradas impurezas.
» Así durará su fama,
Pura, inalterable, leña,
Idolatrado en su patria....
Y ¿qué mayor recompensa?
» Fuera de que, si os afligen
Repetidas experiencias,
Del riesgo que corre un puesto
De igual lustre que miseria,

» Un Manuel hay en el mundo (1),
Que cuando la mano os presta,
Con un tirón solamente
Hará vuestras dichas ciertas.
» Llorad, haced pucheritos;
Que él tiene el alma muy tierna,
Y sabe que no se ayienen
Bien el hambre y la decencia.
» Haced que la novia acuda,
Y con gracia andalucezca
Le diga: *Padrino mio,
Dios bendiga á su excelencia.*
» *Aquí me tiene á su piez
Postradita toda entera;
Zu ahijada soy, y de zerlo
Estoy tan pomposa y hueca.*
» *Favorezca á mi marido,
Azí Dios le favorezca;
Ea, vaya, que ex muy guape,
Y soy yo la medianera.*
» Veréis al jóven gallardo
Con inclinacion risueña
Continuaros esas dichas,
De que ya os dió tantas pruebas.
» El hará que medre aprisa
Quien sólo funda sus medras
En las fatigas gloriosas
Que el Cielo y el Rey aprueban.»
Esto dicho, voló el niño,
Dejándose en la mollera
La imagen de estas verdades
Indeleblemente impresas.
Me persuado, ¿quién lo duda?
Estaba ya la materia
Aun para menores chispas
(Gracias al amor) muy yesca.
Juraré sobre las aras
Ser marido; sólo resta
Que con dobles bendiciones
Se haga mi funcion completa.
Caigan, señor, sobre mí
La del párroco y la vuestra:
Esta para lo del mundo,
Para lo del cielo aquélla.

X.

Nueva relación y curioso romance, en que
se cuenta muy á la larga cómo el valiente
caballero Antíoro de Arcadia venció por sí
y ante sí á un ejército entero de follores
traspirenaicos (2).

PRIMERA PARTE.

Cese ya el clarín sonoro
De la fama vocinglera,
Mientras que mi cuerno entona
De Antíoro las proezas;
Monstruo de ingenio y pujanza,
A cuya voz se esperezan
De las pirináicas cumbres
Las erguidas eminencias.
Cese, y vágue el ronco estruendo
De mi retumbante vena
Por el anchuroso espacio
De las cerúleas esferas;
Y ya que justa la fama

(1) Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

(2) La primera parte de este romance satírico contra Huerta ha sido atribuida á Jovellanos, y publicada entre las obras de este escritor insigne en la presente BIBLIOTECA. Tal vez sea suya en efecto; pero debemos manifestar que esta parte se halla, como de FORNER, en el tomo III del ejemplar manuscrito de las *Obras* de este ilustre magistrado, que él mismo regaló al Príncipe de la Paz, y ha sido adquirido, no há muchos años, por la Biblioteca Nacional. La segunda parte, que aquí publicamos, es en un todo diferente de la impresa entre las obras de Jovellanos.

Supo encaramar sobre ellas
El rumor de sus victorias,
Tan grandes como estupidas,
Lléven ahora del mundo
Por las partes descubiertas
Sus nuevos heróicos triunfos
Los ecos de mi corneta.
Llévenlos, y vuele el nombre
De este fénix de la esfera
Desde la tórrida Angola
Hasta la helada Noruega;
Que no al magnífico vate
Han de dar siempre materia
Los fieros botes de lanza
Con que el númen de la guerra
Bate de las altas torres
Las titubeantes almenas;
Ni siempre del ciego niño
Las mal seguras ternezas
Se han de publicar en breves
Y almiradas endechas.
Venga, pues, el estro hinchado
Del dios rubicundo, venga
A ahuecar mi voz, y á henchir
El nombre y timbres de Huerta.
Y dime tú, musa mía,
Qué dios tremendo á su excelsa
Vencedora pluma dió
Tan descomunales fuerzas;
Fuerzas que abatir lograron
Las arrogancias tífeas
De los necios botarates,
Cimbrios, lombardos y celtas.
De cómo la heróica fama
De este paladín poeta,
Desde la Puerta del Sol,
A cuya chorreante alberca
Pudo agotar los raudales,
Fué llevada en diligencia
De las regiones de Arcadia
Hasta las ignotas tierras;
Y cómo arrancó á los vates
Que las ilustran y pueblan,
Los altisonantes nombres
Que impresos en gordas letras
Antíoran y atetofilan (1)
Su furibunda cabeza.
Di la destemplada trompa
Con que cantó las proezas
De aquel rayo de Neptuno,
De aquel capitán Tempesta,
A cuya vista temblaron
Con más miedo que vergüenza
Las inhospitales playas
De la Numidia altanera,
Y hasta los viejos escombros
De las ruinas tagastéas (2).
Di la horrenda tirotona
De Aleto, Crónos, y aquella
Peste de sacres nadantes,
Los rayos, Vesubios, Etnas,
Los tremendos estallidos,
Y el humo, el polvo y la gresca
De demonios coronados
Que ennegrecieron tu esfera.
Di tú.... Pero nada digas;
Que para tamaña empresa
No basta, ¡qué digo un cuerno!
Mas ni cuatro mil trompetas;
Pero si en cantar insistes,
Pídele prestado á Huerta
El ronco fagot con que
Sus jácara pedorra,

(1) Huerta, entre los *Fuertes* de Roma, se llama ANTONIO, y, entre los *Arcades*, ALETO. Véase DELIADO. (Nota del Colector.)

(2) Alude al romance heróico que escribió Huerta *Al Bombardeo de Argel por las armas españolas al mando del teniente general de la armada, don Antonio Barceló*. (Nota del Colector.)

Y con él á fuego y sangre
Guerra, inexorable guerra
Puedes declarar á cuantos
Malandrines y badeas
Del antihortense partido
Signen las rotas banderas.
Declárala á aquel pobrete (3)
Que en discordantes corcheas
Solfeó las maravillas
Del arte de las cadencias;
Al que en cien metros, medidos
Sin cartabon y sin regla,
Fué por más de cinco días
Mimi-Esopo de las letras,
Hasta que un tunante, envuelto
En jironadas bayetas,
Le hizo fábula del Prado
Con rebuzno y con orejas (4).
Ni te arredre el tal sopista,
Que, calada otra visera,
Quiso desfacer, Quijote,
Los entuertos de Minerva,
Y echando por esos trigos,
Se desnucó en la Academia (5).
Declárala al andaluz (6)
Que con su porraza inhiesta,
Para disfrazar la suya,
Va magullando molleras.
Ni aquel gavilán garnacha (7),
Archibufón de la legua,
Perdone que ande adobando
Sus navajas y lancetas;
Aquel que en lánguidos versos,
Zarcidos á la violeta,
Quitó el crédito á Celinda
Y el buen nombre al mal profeta;
Ni al otro culto prosista (8)
Lagrimaniaco en melena,
Que autorizó el desafío
Contra las Musas y Astrea;
Pero sobre todo, acosa,
Hasta en las hondas cavernas
Del Baratro, á aquel folloñ
Que con su azote y palmeta
Fabulizó una doctrina
Digna de niños de escuela (9);
Aquel Momo vascongado,
Que al compas de su vihuela,
Calado el yelmo y cubierto
Con máscara aragonesa,
Snpó epistolar sus pullas
Y encantar sus cuchufletas;
Y, en fin, despues que tendido
Hubieres en la palestra
A tanto ruin endriago,
Y que con sus calaveras
Alfombrada y deslucida
Dejares la ilustre arena,
Haz que en volandas te lleven
Hasta la orilla del Sena,
Y allí las gálicas huestes
Reta á más cruda pelea;
Rétalas, y no te asusten
En tan peligrosa escena,
Ni la burlada Sorbona,
Ni los temidos Cuarenta,
Ni los doce de la Fama,
Ni toda la vil caterva
De futres y de gabachos
Que con nevadas cabezas,

(3) Iriarte.

(4) FORNER, autor de este romance y de *El Asno Erculio*. (Nota del manuscrito de la Biblioteca Nacional.)

(5) Alusión á la reprimenda oficial que recibió FORNER con motivo de las diatribas que dirigió á la Academia Española en la crítica que hizo de *La Riada* de Trigueros.

(6) Ayala.

(7) Nuñez.

(8) Jovellanos.

(9) Samaniego.

Ya en los Tejares (10) cabriolan,
Ya en el Luxemburg (11) gallean.
Querrán, ya se ve, asustarte
Con las sombras lastimeras
De aquellos que, marido
Consonantes machos y hembras,
Dieron á luz no sé cuántas
Trivialísimas tragedias,
Y querrán que humilde incline
La inhumillable cabeza
Al catequista de *Xagra* (12)
O al adúltero de Fedra (13);
Pero tú, tiesa y finchada
Cual matrona portuguesa,
Ni á uno ni á otro espantajo
Rendirás la erguida cresta;
Antes por broquel tomando
El carton de taracea,
Que salpicado y repleto
Por toda su vara y media
De diámetro, de rimbombos,
Azafran y unciales letras (14),
Fué en la imprenta real blason
Digno del valle de Buesga.
Embrázale, y denodado
Brincando por la palestra,
Para en él los sesgos botes
Con que las picas francesas
Para herirte en la tetilla
Se enristrarán á docenas;
Y si por suerte flaquease
Tan tremebunda rodela,
Para más fortificarla
Clava el retrato de Huerta,
A guisa de ombligo, en medio,
Y pon debajo esta letra:
«Dióme una Zafra, abuelos
Me dió Castilla la Vieja,
Dióme fama Oran, y dióme
Carnicero (15) vida eterna.
Quam mihi et vobis. Amen.»
Verás cuál la vil caterva,
Estupefacta á la vista
De su frente medusea,
Huye de tanto conjuro
Con el rabo entre las piernas.
Entonces sí que triunfante
Con más de veinte carretas;
¿Qué es veinte? más de cien mil,
De entremeses, de comedias,
Tragedias, sainetes, follas,
Autos, loas y zarzuelas,
Podrás entrar sin embozo
Por las calles de Lutecia (16),
Donde si acaso topares
Con aquel jóven badea
Que, presumido, su bolsa
Prestó á un loco, y con afrenta
De la razon y el buen seso
Se hizo aprendiz de Mecenas,
Empobreciendo su fama
Por enriquecer á Huerta,
Dile.... Pero, musa, ¿qué
Le dirás que bien le venga?
Dile.... Salve, ¡oh patroncito
De las musas jacareras!
Salve, limosnero andante
De las Piérides iberias,

(10) El autor quiere sin duda designar aquí el palacio de las Tullerías; en frances *Tulleries* (tejares).

(11) Palacio de París construido en el siglo XVII por Jacques Desbrosses, á imitación del palacio Pitti, de Florencia. En 1795 se estableció en él el *Directorio*.

(12) Voltaire, autor de *Zaire*.

(13) Racine, autor de *Phédre*.

(14) *Uncial*, cierto género de escritura de la antigüedad, en el cual las letras eran siempre mayúsculas y de gran tamaño.

(15) Hizo un retrato de Huerta.

(16) París.

Por quien España con H (1)
Alcanzó tan estupendas
Victorias como hoy publican
Los eruditos horteras
Parientes de *Mariblanca* (2)
Por el lado de las tiendas.
Salve, nata; salve, espuma;
Salve, flor, y salve, estrella.
Del Parnaso, á quien, repletos
De entusiasmo, los poetas
Hambrientos, vida y dulzura
Llaman, y esperanza nuestra.
Salve, y plegue á Dios que llegue
Hasta sus tataranietas
La inmortal dedicatoria
Que al ver la bolsaza abierta,
Contra tí y contra tu casta
Lanzó la musa Huertea.
Salve, salve, y plegue al cielo
Que algún día el mundo sepa,
Cuando el teatro español
Tu nombr. por él extiende,
Que no pudo haber en toda
La redondez de la tierra.
Desde Augusto acá, tal obra,
Tal autor, ni tal Mecenas.
Dile,.... Pero, musa, basta;
Toma aliento, y ménos fiera,
Para la segunda parte
Ve limpiando tu corneta.

SEGUNDA PARTE.

Ya que limpia mi corneta,
Puede, emulando á la trompa,
Seguir del grande Antíoro
La siempre durable historia;
De aquel paladín flamante,
Cuya impávida persona,
Idólatra de fantasmas,
El bachiller vulgo adora;
Ea, musa, á las andadas
Vuelve tan grave y heroica,
Que á la grandeza del héroe,
Digna, tu voz corresponda.
Sobre el hórrido tumulto
De aquella maldita tropa,
Que, de la *Mória* (3) inspirada,
Tu altisonancia inficiona,
De tanto chillon poeta
Cuya coplera modorra
Sueña delirios, que pare
Su mal concertada cholla,
Cruza otra vez de las auras
Las regiones vagorosas
Desde la Oranina playa
Hasta la Thule remota.
Crúzalas, y de la guerra
El clarín bastardo rompa
Los aires, que tantas veces
Con voz destemplada y ronca
Desgarró el labio tronante
De este héroe que nos agobia,
A cuyo estrepito horrible
Asustadas y medrosas,
Mas de una vez tiritaron
(Tanto Antíoro ocasiona)
Del húmedo Manzanares
Las dríadas amorosas.
Y tú, Dios barbipotente,
Cuya potestad intonsa
Da á Antíoro el fiero entusiasmo
De reventarnos á coplas;
Tú, que caldeando mollerías,

(1) Huerta, según su sistema ortográfico, escribía *España y española con h*.
(2) La estatua que había en la antigua fuente de la *Puerta del Sol*, en Madrid.
(3) FORNER escribió contra Huerta un poema burlesco titulado *El Morion*. Tal vez llamaba *Mória* á la musa, ninfa inspiradora del mismo Huerta.

Produce en pocas horas,
Si cuervos que nos aturden,
Zánganos que nos corrompan;
Y espiritando la mente
Del que en la Hispalense forja (4)
Númenes como metralla
Fabricó, la pepitoria
De sus dioses arlequines (5)
Pudiste inspirar con sorna;
Vuelve acá, deidad geringa,
Que ayudas cuando acaloras,
Y zurce del gran combate
La narracion portentosa,
Zúrcela, y, al estampido,
La trisca, la tabaola
De tan horrenda batalla,
Haz que ciegas, si no sordas,
Queden del manchego andante
Las Cervantinas memorias.
Que héroe ya de mayor fama,
Lanza en ristre, cuello en gola,
Segundo Orlando furioso,
Al misero manco acosa.
No ya aquí antiguas hazañas
Que el tiempo envidioso borra,
Recordará el estro santo
Que sus prodigios entona.
Cuando capitán valiente,
En las playas arenosas
Del grande Oran, ordenando
Bereberes sin zozobra (6),
Las libicas alimañas
Pudo espantar con sus loas (7).
Allí, con recios bramidos,
Cual ardiente los arroja
Toro marido que advierte
Que otro la vaca le sopla,
Y retirado en el valle,
Muge, bufá, escarba, asombra,
La media luna esgrimiendo,
Y al fin sufre y se acomoda,
Tal sacudiendo Antíoro
Su media luna (garzota)
Que en el morrion por timbre
Colocó su furia loca,
Bufidos cantó admirables
Porque la feroz discordia,
Dándole el cerno Amalteo,
Le privó en él de la copia (8).
Felices una y mil veces,
Si, afortunadas vosotras,
Aguas del mar africano,
Cuyas encrespadas ondas,
Sufriendo el egregio peso
De tan insigne persona,
Del bajel que le condujo
Besar lograsteis la proa.
Esculpa el padre Neptuno
En sus profundas alcobas
Tanto honor, y el gran pasaje
Celebre España con pompa.
Que si tornado á la patria,
Por señas de sus victorias,
Con andrajos por vestidos,
Le gozó otra vez Europa;
Ganando en soberbias hdes,
Con caballeros de monta,
Nuevas armas, ménos asco
Da ya á los que con él chocan,
Entre ellos (¡oh gran proeza!)
Por la altivez que discorda
A los jayanes robustos
Que ven con odio la sombra
Que otro les hace, y delito

(4) *Forja*, esto es, *fragua*.
(5) El autor de *La Ríada*.
(6) Alude FORNER á una obra de Huerta titulada *Los Bereberes*, *élogio africano*.
(7) Alude á los elogios que allí escribió, y también á una loa.
(8) La palabra *copia* está usada aquí en el sentido de *abundancia*.

Juzgan las ajenas glorias,
La ruina del Mimi-Esopo
Por su hazaña más heroica
Grabará en bronce la fama,
A aquella fama habladora
Que siempre de los Quijotes
Eternizó la memoria.
Era la estación ardiente
En que los rayos que agostan
La verde pompa á los prados,
¡Visteis, en noche apacible
De Agosto, rasgar las sombras.
Exhalacion fugitiva,
Que en claridad vagorosa
Brevemente iluminando
La esfera, rápida y pronta
Desaparece á la vista,
Que apenas de su luz goza?
Tal, presuroso Pedancio,
De allí escurriendo la bola,
Aguja, y al punto llega;
Tercia la capa y se enfoca.
Y blandiendo un venablo,
En cuya punta lustrosa
Clavado el cartel se ostenta,
Con brazo fuerte le arroja.
Clávase, y temblando el asta
Gime vibrada, y asombra.
Turba espesa de pedantes
Que van á prometer obras
A aquel sitio, á murmurarse,
A explicarse en jeringonza,
De la novedad llamados
Para leer se amontonan.
Tanto, que el triste Lougino,
Aquel traductor bambolla (2),
Que engalicando la lengua
Da robustez á su bolsa,
Derribada la peluca,
Entre el tropel que le ahoga
Huyó en calva á refugiarse
En una tienda de aloja.
Pásmase de la osadía
Del héroe, que en letras gordas
Reta á singular batalla
A cuantos su honor apocan;
Uno á uno los espera
Desde que en madeja roja
Esparza Febo sus rayos
Hasta la siguiente aurora,
En que sediento de perlas
De ella el prado la recoja.
Vuela la hazaña inaudita
En la diligente posta
De la fama; y asaltando
La tranquilidad ociosa
De aquel varón, que hacer supo
Sabios de burros y zorras (3);
Chisméale la insolencia,
Representale la docta
Primacia arrebatada
Por las arrogancias locas
De un descamisado orate;
Suda, brama, se acongoja,
Inquiétase, se pasea,
Con planta airada las losas
Hierre, en el techo la vista
Clava; y expresando en prosa
Su furor (porque en el verso
Siempre es frialdad tiritona)
Al digno Eleuterio Geta
Su escudero semimona,
Que en jactancia y versos debe
A su amo instruccion notoria,
Llama con grito espantable
Que por las cuadras rimbomba.
«Acude y ármame, dice,
Ármame; sírvan de cota

(9) La célebre tragedia de Huerta.
(10) El administrador del Mecenas.

De Copinzuelo (1) á las puertas
Clava ese reto y coloca.
Veremos quién es el héroe
De España, quién las lisonjas
Ha de deber á la fama
Que estos incienos me roban.
A armarme voy entre tanto
Que vuelves; corre, conozcan
Que lo que tardo en airarme
Es lo que vivir prolongan.»
¡Visteis, en noche apacible
De Agosto, rasgar las sombras.
Exhalacion fugitiva,
Que en claridad vagorosa
Brevemente iluminando
La esfera, rápida y pronta
Desaparece á la vista,
Que apenas de su luz goza?
Tal, presuroso Pedancio,
De allí escurriendo la bola,
Aguja, y al punto llega;
Tercia la capa y se enfoca.
Y blandiendo un venablo,
En cuya punta lustrosa
Clavado el cartel se ostenta,
Con brazo fuerte le arroja.
Clávase, y temblando el asta
Gime vibrada, y asombra.
Turba espesa de pedantes
Que van á prometer obras
A aquel sitio, á murmurarse,
A explicarse en jeringonza,
De la novedad llamados
Para leer se amontonan.
Tanto, que el triste Lougino,
Aquel traductor bambolla (2),
Que engalicando la lengua
Da robustez á su bolsa,
Derribada la peluca,
Entre el tropel que le ahoga
Huyó en calva á refugiarse
En una tienda de aloja.
Pásmase de la osadía
Del héroe, que en letras gordas
Reta á singular batalla
A cuantos su honor apocan;
Uno á uno los espera
Desde que en madeja roja
Esparza Febo sus rayos
Hasta la siguiente aurora,
En que sediento de perlas
De ella el prado la recoja.
Vuela la hazaña inaudita
En la diligente posta
De la fama; y asaltando
La tranquilidad ociosa
De aquel varón, que hacer supo
Sabios de burros y zorras (3);
Chisméale la insolencia,
Representale la docta
Primacia arrebatada
Por las arrogancias locas
De un descamisado orate;
Suda, brama, se acongoja,
Inquiétase, se pasea,
Con planta airada las losas
Hierre, en el techo la vista
Clava; y expresando en prosa
Su furor (porque en el verso
Siempre es frialdad tiritona)
Al digno Eleuterio Geta
Su escudero semimona,
Que en jactancia y versos debe
A su amo instruccion notoria,
Llama con grito espantable
Que por las cuadras rimbomba.
«Acude y ármame, dice,
Ármame; sírvan de cota

(1) Alude FORNER al librero Copin, que tenía su tienda en Madrid.
(2) Nifo.
(3) Iriarte.

Cartones impenetrables,
Que con engrudada cola
Forme de cuatro mil resmas
Que vió estancadas mi solfa.
Por defensa en la cabeza
(Débil miembro en mí) acomoda
Un millon de versecillos,
Que, pues mi cabeza propia
Los dió, y son ellos mi seso,
Defiendan mi seso ahora.
Las alimañas diversas
De mis fábulas disponga
Tu industria por espaldares,
Que un justo ejército importa
Su número, y de sus pieles
Si dejas colgar las colas,
Sacudiéndolas en giro,
Cual sus vejigas burlonas
El matachin, solas ellas
Bastan para Antíoro, solas;
Prevenme el noble pollino (4)
Que un tiempo ¡ay Dios! mil congojas
Debió á un moscon endiabrado;
Brille su piel, gruesas borlas
Y cascabeles sonoros,
Cuyos sonos á las notas
De mi música se ajusten,
De los jacees que le adornan,
Trémulos y airosos pendan.»
Todo se ejecuta; monta,
Síguele Geta con armas,
Y en la palestra se embocan.
No vió la olimpica arena
En su turba numerosa,
Si más espeso concurso,
Más científica corona,
Ceñido el circo de sabios,
Que ellos, que lo son pregonan.
Traductores, saintetistas,
Copleros que á las cotorras
La locuacidad usurpan;
Malditos cómicos que honran (5)
Con cruces á vinateros,
Y hacen con vergüenza poca
Reyes más brutos que ellos,
En farsas indecorosas.
Escritorillos de charla;
Rudos copiantes, que abortan
Los extranjeros engendros
Con insulsez hedionda;
Filósofos de prestado,
Que saben como de gorra,
Y porque no ignoran algo,
Presumen que nada ignoran;
Comerciantes de delirios,
Que la razon acogotan,
Y que á pesar de Lampillas,
Todo nuestro saber forman;
Compiladores que venden
El humo de las lisonjas (6),
Y traficantes de pluma,
Sólo al que dar puede abonar;
Censores de obras ajenas,
Que hacen perversas las propias,
Y dando paso á sandeces,
Lo que es provechoso estorban;
Bachilleres, charlatanes,
A presenciar la espantosa
Lucha asisten; digno teatro
De héroes de tan alta estofa.
Allí el panzudo Botelio (7)
Hipando, y allá en la honda
Barriga hirviendo espumante
El rojo Baco, rebosa
Un turbión de adulaciones
Que hacía el poder desemboca;
En tanto que con la panza
Moviéndola á la redonda,

(4) El autor de *El Asno erudito*.
(5) Valladares Moncín.
(6) Semper y Guarinos.
(7) Ortega.

A veinte de los contiguos
O bien arredra ó sufoca.
Un zalamero Tersites (8),
Figura de ceremonias,
Que á todos adula y muere,
Hierre en un punto y elogia,
De oráculo revestido,
Como quien no dice cosa,
En tono de cumplimiento
Murmura cuanto allí nota.
Esperábase en la turba
A Macro-Longo (9), persofa
Que de estatura y de versos
Tuvo siempre lo que sobra;
Mas escapóse sin duda
A algun sagrado, que esconda
Su languidez, y entre inciensos
Viva exenta de la mofa.
Perpendicular al centro
De la palestra, globosa
Máquina de densas nubes
Hiende el aire, donde apoya,
Arrogantemente hinchada,
Su pié la divina *Mória*.
Su grata munificencia,
De ambos héroes protectora,
Neutral allí sólo asiste
A autorizar la victoria,
Porque de láureas angustas
Cargada, y de vividoras
Ramas, honor de altos héroes,
La muchedumbre chillona,
De sus danzarines genios
Ostenta el premio, que aboga
Por el valor, y en los pechos
La ansia del triunfo acalora.
Sordo susurro, nacido
De la espectacion dudosa
De la faccion, se escuchaba,
Cuando hétele aquí que asoma
En otro pollino Antíoro,
Montado en heroica forma;
Armado de romanzones,
Que nunca al golpe se abollan,
Consistencia empedernida
Que debe á su misma cholla,
Vertiendo ya espumarajos,
Alza los ojos é implora
La deidad de la locura,
Que es la que en él siempre obra.
«¡Oh tú, la dice, en mis cuitas
Mi fiel, mi única señora,
A cuya ley he ajustado
Siempre mis acciones todas;
Tú, á quien debo la ventura
De que rian á mi costa
Mil socarrones malditos,
Porque en las plazas y fondas
Por oráculo me vendo,
Y como á tal clamo me oigan,
Acórreme en este trance,
Acude, alientame; aromas
Fragantes luégo en tus aras
Quemaré, con que responda
Mi gratitud al auxilio
Si logro que me socorras.»
Miranse de mal talante
Los dos campeones; trota
El asno de Mimi-Esopo,
Y Antíoro con briosa
Carrera á encontrarle vuela,
Horrisonamente chocan,
Bien así como arrancadas
De opuestas cimas dos rocas
Al enfurecido embate
Del austro, que horriendo sopla,
En la rápida caída
Encontrándose furiosas,
Recíprocas se resisten

(8) Ayala.
(9) Rejon de Silva.

Y mutuas se desmoronan,
Sendos coplones por lanzas
Enristran, que allí transforman
En instrumentos de muerte
(Que esto son las malas coplas),
Se buscan, hurtan, vuelven
A los encuentros; remotas
Cumbres resurten al eco
De los golpes en sus hondas
Cavernas; suena en el circo
La gritería espantosa
De la turba, que los aires
Atruenan. Las armas rotas
Primeras, á papelazos
Se hieren y (¡oh dolorosa
Suerte de partos sublimes!)
El furor ciego destroza
Los escritos más divinos
Que á la escasa España honoran.
Zambando en la vaga esfera
Raquel y Jomeli en forma
De guijarros disparados,
Tan pesados se desploman
Sobre los dos, que sudando,
Vierten la fatiga en gotas;
Indecisa largo rato
La lid, al fin la traidora
Suerte y el hado enemigo,
Que el paso á las dichas corta,
Dirigiendo un papelote
De pestilencia asquerosa
(Armas propias de Antíoro,
Que por no conocer otras,
Y darlas el mejor temple,
Por casa en letrinas mora),
Dió en las narices al asno;
El fiero hedor le atolondra,
Desmándase, menudca
Corcovos, brinca, galopa,
Dispárase; poco firme
El jineté, en fin, le arroja
A la miserable arena
Que le hiera y le sonroja.
No suele el águila altiva
Sobre la ya temerosa
Garza caer más impía,
Que inexorable desmonta
El tremebundo Antíoro
A dar cabo á la victoria.
Cébase en el vencimiento,
Y por trofeo, deshoja
Cuantos escritos divinos
Al vencido jayán toma,
Allí el doliente alarido
Del concurso, aunque provoca
A lástima, más inflama
Al héroe que desenoja.
Porque diz que el jatanioso
(Si no mienten las historias)
Es entre todos los brutos
La bestia menos piadosa.
Condiciones sanguinarias
Pone á su triunfo, que adopta
El desmayado paciente:
Que humilde le reconozca
Por el más bravo coplero
Que el furor sacro endemonia;
Que á escribir versos no vuelva,
Y en el momento deponga
El renombre de poeta,
Que á pesar de Apolo logra,
Que dejando vanidades,
A buen pensar se recoja,
Ni ser arlequin profese
En los bailes, que alborota,
A todo, con voz doliente,
El misero se acomoda;
Dale por libre, y gimiendo
El triste Geta sin honra,
Sin gloria al amo y al burro
Saca despechado, y llora.
Entonces, ya por la esfera

Cencerros sonando, y roneas
Cornetas, que el himno animan
Y los geniezuelos tocan,
En rápido giro baja
La grave deidad, arrostra
Al héroe y dale un abrazo;
En tanto en torno retozan
De su frente, revolando,
Bichos, que de zanahorias,
Berzas y cardos y paja
Tejida guirnalda, en pompa
Magnífica le presentan,
Y con ella le coronan.
Hínchase el héroe famoso,
Vuela el númen, él invoca
Perpetuamente su auxilio,
Ser siempre su esclavo vota;
Cumple el voto, y en el templo
De la sandez jactanciosa
Fué tanto su ofrenda acepta,
Que aunque las cabezas tontas
Son tantas, la de Antíoro
Es la que aventaja á todas.

XI.

Cansada la bella Fflis
De amarme, si acaso amó
Quien puede tan fácilmente
Echar de sí una pasión;
Que la abandone me intima,
Como ella me abandonó,
Como si fueran iguales
El suyo y mi corazón.
Amor, que mira la injuria,
Rendido á la compasión
Llora el injusto abandono,
Lamenta el fiero rigor.
Labrando aborrecimientos,
Que inspira tan dura acción,
Quiere que pague con ellos
A quien así me pagó.
Mas ¡ay! que no fácilmente
Se apaga un vehemente ardor,
Ni borra el alma las huellas
De una hechicera pasión.
Si goza su dulce imagen
De mi alma la posesión,
¿Cómo arrojar de mi mismo
Lo que es á mi superior?
Aberrezcáme mi Fflis,
Y ámela constante yo,
Que amarla está en mi dominio,
Pero que ella me ame no.
Gozoso sin esperanza,
Mi fina contemplación
Hallará, sin los deseos,
Los gustos puros de amor;
Y acreditará, inocente,
Mi fe que deidad amó,
Aun cuando de sus castigos
Me aflija la ejecución;
Que, por más que de sus iras
Se experimente el furor,
Adorar á las deidades
Es humana obligación.

XII.

ROMANCE CONTRA AYALA
Y HUERTA.

Al proto-pedante Huerta
Y al mitro-pángloto Ayala
Salud muy cumplida envía
Un bachiller sin sotana.
Dicenme, buenos señores,
Que por esas calles andan
En tono de misioneros
Amenazando al buen Varas (1),

(1) Don Antonio Varas, seudónimo de FORNER.

En tanto que él muy tranquito,
Riéndose á carcajadas,
Paga en socarrón desprecio
Las furias de la ignorancia.
Que no le defiendan, dicen,
En la tremebunda casa
Que pone en boga el enojo
De una pedantesca farsa.

Y en buena fe que es muy justo
Que nadie saque la cara
Por un zarramplín perverso,
Que nunca temió á fantasmas.

Si echar quieren los pulmones
Gritando en calles y plazas,
Catequizando jumentos
Que le impugnen á patadas,

Harán bellísimamente,
Y celebrarán su gracia
Desde el lacayo más grave
A la mondonga más sábia.

¿Qué se dijera de un Huerta,
De aquel poetazo rana,
Que por no hallar quien le alabe,
Sus mismos elogios garla,

De aquel ingenio de culo,
Que ventoseando exhala
Pedos y versos (2), que todo
Es uno en los que él dispara;

Del que á la infeliz hebrea
Cantó con voz de guitarra,
Y cual barbero bisoño,
La fué desangrando á pausas?

¿Qué de un Ayala divino;
De aquel furibundo Ayala,
Que hizo á una deidad cornuda
Hacer papel en las tablas;

Del que diez mil numantinos
Degolló con mano franca
En una pobre tragedia,
En que hay por héroes murallas;

Del que censura comedias
Con mano tan acertada,
Que si reprueba las buenas,
Da paso libre á las malas?

¿Qué se dijera, repito,
De estos doctazos de marca,
Si en las literarias lides
No vencieran con marañas?

Generosamente humanos,
Al pobre Varas arrastran
En fórmulas judiciales
A dar razon de sus cartas.

¿Oh respuestas victoriosas,
En donde sin duda gana,
Si no el honor de las letras,
De los letrados la rabia!

EPIGRAMAS.

I.

VIUDA APARENTE.

Murió Fermín, y su esposa
Tan presto á Simón se unió,
Que se duda si enviudó;
Tanto adoró al que reposa.
Tan acelerada unión
Bien da á entender, á fe mía,
Que cuando Fermín vivía
Ya era marido Simón.

(2) Alude á cierta poesía de estilo familiar, que Huerta tuvo el mal gusto de publicar con el título de *El Peto dispersador*.

II.

COPLERO IMITADOR.

Que á Horacio y Anacreon
Imita porque odas hace,
Pregonando se deshace
En las gacetas, Cleon.
No es, por cierto, desafino;
Que al fin, aunque no parejas,
Puede, por tener orejas,
Llamarse Horacio un pollino.

III.

NUEVOS TRABAJOS DE JOB.

Después de tantas miserias,
Lepra, injurias, fuego, muerte,
¿Aun te faltaba, oh buen Job,
Que Arroyal te tradujese!

IV.

Tú finges que no me quieres,
Y yo finjo que te adoro;
Tú, Lelia, eres rica en oro,
Y en años también lo eres.
Déjate de dengues ya;
Que si en pobreza nos vemos,
Ni tú ni yo fingiremos,
Y entonces ¿quién perderá?

V.

De que te ha nacido un hijo
Me pides la enhorabuena;
Cornelio, con tus amigos
Ya desempeñé esa deuda.

VI.

EL IMPERIO DEL HAMBRE.

«Venid á comer conmigo,
Me dijo don Peranton,
Que hay perdiciillas, amigo,
Y un sonetito en borron,
Que á que os agrade me obligo.»
Comi, leyóme el soneto;
«¿Qué tal?...» Los dientes aprietos,
Pero alabélo; ¡oh barrigal!
Por tí, implacable enemiga,
Pasa por blanco lo prieto.

VII.

LINAJUDA ESTÉRIL.

Es mayorazga y viciosa,
Y estólida y vana Ines,
Y también estéril es,
Por más que al marido acosa.
De tamaño desconsuelo
Pide al cielo la preserve;
¡Oh! es muy justo que conserve
Raza tan ilustre el cielo.

VIII.

Á UN MALSIN.

De lobos está plagado
El mundo, ¡y te despeluznas,
Fraudelio, tú, que rebuznas,
Porque en satírico he dado!
Con rebuznos no se espantan
Los lobos; Fraudelio ruin,
Déjame ser buen mastin,
Pues ser mal asno te aguantan.

IX.

Á UN DEVOTO.

Tanto rezar, Sulpicio,
Es, por ventura, devoción ó vicio?
Tu rezo murmurando,
Estás la ajena devoción turbando
Noche, tarde y mañana.
En tanto dicen que tu esposa gana
En la tienda el sustento
Que tú, á Dios alabando,
Devoras muy contento;
Si no trabajas por vivir rezando,
Reza cuanto quisieres;
Mas ¡santo! juro á Dios que no lo eres.

X.

EPITAFIO.

Aquí yace Jazmin, gozque mezqui-
Que sólo al mundo vino [no,
Para abrigarse en la caliente falda
De madama Crisalda,
Tomar chocolabito,
Bizcochos y confites
El pobre animalito;
Desazonar visitas y convites,
Alzando la patita
Y orinando las capas y las medias
Con audacia maldita;
Ladran rabiosamente
Al yente y al viniente,
Ir en coche á paseos y comedias
Y ser martirio eterno de criados,
Por él ó despedidos ó injuriados
Con furor infernal y grito horrendo:
Si inútil fué y aborrecible bicho,
Y petulante y puerco y disoluto,
Culpas no fueron snyas, era bruto;
Educóle el capricho
De delicia soez con estupendo
Horror de la razón: naturaleza
No le enseñó tan bárbara impureza.
Los que en la tierra al Hacedor retra-

[tan,
Sus hechuras divinas desbaratan,
Corrompen y adulteran:
Los vicios de Jazmin, de su ama eran.

XI.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas espera:
Si tú no fueras perverso,
Dí, ¡satírico yo fuera?
Hablar bien de tu codicia,
Disolución y malicia,
Fuera calúnnia mortal;
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

XII.

LA DAMA HACENDOSA.

Cuatro horas gasta en peinarse
La graciosísima Ines,
En ataviarse tres,
Y cuatro en beber y hartarse.
Nadie la culpe en rigor
De su odioso proceder;
Lo que ella tiene que hacer,
De noche se hace mejor.

XIII.

En casa, en palacio, en calles,
Qual sombra tuya, oh Seyano,

Te sigue y te adula Hircano
Para que á mano le halles:
¿Te fatiga? no batallas
Sobre qué medio darás
Para no verle jamas;
Deja, Seyano, tu puesto;
De él te librarás bien presto,
Y de tí nos librarás.

XIV.

Á UN AGONIZANTE, AUTOR
DE UNA OBRA MUY LANGUIDA.

Cuando de formar trataste
Libro tan finebre y triste,
A un tiempo le concebiste,
Paulino, y le agonizaste.
Pudo no impreso vivir,
Mas luego que á luz salió,
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste á morir.

XV.

AMANTE CURIOSO.

Era Ines de Gil querida,
Y ella le dió una manzana,
En lo exterior bella y sana,
En lo interior muy podrida.
Partióla y dijo: «Ines, di,
Desengáñame por Dios:
Si nos casamos los dos,
¿Te tengo de hallar así?»

XVI.

LA CIENCIA EN DUDA.

No dudo, Gil, que eres sabio
Y que en tu cabeza hueca
Se hospeda una biblioteca,
Y un Calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo,
Pero aquesos lucimientos
Son de otros entendimientos;
Sepamos cuál es el tuyo.

XVII.

Á UN COPLERO IGNORANTE QUE DIÓ
EN SER SATÍRICO.

Contra los semieruditos
Sátiras hace Cleon,
Gastando en la reprensión
Trescientos versos malditos.
Cuanto es pródiga de más
Su caridad, ved aquí:
Deja de curarse á sí
Por curar á los demás.

XVIII.

Á UN AVARO.

Murió Espurio el avariento,
Y aun en la muerte mezquino,
A un ruinísimo sobrino
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro;
Pudo matar al avaro,
Pero á la avaricia no.

XIX.

RESPETO HUERO.

Con hinchada autoridad,
Muy lleno de sí y ufano,